

Quédense, que ya es tarde, en el tintero
La que al de Padua lo zambulle al pozo,
La que jalbega el arrugado cuero,
La que con vidrio y pez se rapa el bozo,
La que trece no sienta á su puchero,
La que al rosario toma cuenta al mozo,
La que reza en latin sin saber jota,
O hace de linda siendo una marmota.

La que escudriña toda ajena casta,
La que come carbon y cal merienda,
La que el habano fuma y rejon gasta,
La que de rifa en rifa lleva prenda,
La que en reir es agua por cauasta,
La que no compra y va de tienda en tienda,
La que cura los males por ensalmo
Y siembra chismes mil en medio palmo.

La que al marido más que el mozo sisa,
La que engulle sin él, con él no cena,
La que siempre sentada está deprisa,
La que sale á semana por novena,
La que atraca á pillar la última misa,
La que lleva en la bolsa una alacena,
La que escabecha el pelo por la noche
Y se charola el rostro como un coche.

Mas ¿quién el guapo que á contar se atreve
Sus gracias todas? Con menor faena
Dirá las gotas que un invierno llueve,
Y del cerúleo mar la rubia arena.
Confieso, porque el diablo no me lleve,
Que es un ángel mujer que sale buena.
¡Así el cielo de allá me la enviara
De veinte abrils y donosa cara!

MANUEL JOSÉ QUINTANA.

ODAS.

AL COMBATE DE TRAFALGAR.

No da con fácil mano
El destino á los héroes y naciones
Gloria y poder. La triunfadora Roma,
Aquella cuyo imperio
Se rindió en silenciosa servidumbre,
Obediente y postrado un hemisferio,
¡Cuántas veces gimió rota y vencida
Antes de alzarse á tan excelsa cumbre!
Vedla ante Aníbal sostenerse apénas:
Sangre itálica inunda las arenas
Del Tesin, Trebia y Trasimeno ondoso;
Y las madres romanas,
Como infausto cometa y espantoso,
Ven acercarse al vencedor de Cánas.
¿Quién le arrojó de allí? ¿Quién hacía el sólio
Que Dido fundó un tiempo sacudia
La nube que amagaba al Capitolio?
¿Quién con funesto estrago
En los campos de Zama el cetro rompe
Con que leyes dió al mar la gran Cartago?
La constancia: ella sola es el escudo
Donde el cuchillo agudo
La adversidad embota; ella convierte
En deleite el dolor, la ruina en gloria;

Ella fija el dudoso torbellino
De la fortuna, y manda la victoria :
Para el pueblo magnánimo no hay suerte.
¡Oh España ! ¡Oh patria ! El luto que te cubre
Muestre en tan grave afán tu amarga pena ;
Pero espera también, y con sublime
Frente, de vil abatimiento ajena,
La alta Gádes contempla y sus murallas
Besadas por las olas,
Que asombradas aún y enrojecidas
Tiéndense allí por las sonantes playas,
Cantando las hazañas españolas.

Se alzó el breton en el soberbio alcázar
Que corona su indómito navío,
Y ufano con su gloria y poderío,
«Allí están, exclamó ; volved los ojos,
Compañeros, allí ; nuevos despojos
Ya vuestra invicta mano
Va á conseguir en los endebles pinos
Que España apresta á su defensa en vano.
Libre de esclavitud no sea ninguno :
Hijos somos nosotros de Neptuno,
¿Y ellos osan surcar el Océano ?
Acordaos de Abukir : sólo un momento
Llegar, vencer y devorarlo sea !
Dadme este triunfo, y de laurel ceñido
Que el opulento Támesis me vea.»

Dijo ; y tiende la vela : ellos le siguen
Abriendo el mar con sus nadantes proras
Del viento y de las ondas vencedoras ;
Mientras que firme el español los mira,
Y despreciando su arrogancia fiera,
El noble pecho palpitando en ira,
Con impávida frente los espera.
¡Ira justa ! ¡Ardor santo ! Esos crueles,

Bajo las alas de la paz seguros,
Son los que nuestra sangre derramaron
Por vil codicia, á la amistad perjuros ;
Esos los que á perpétua tiranía
Condenaron el mar, los que hermanaron
Del poder la insolencia y la soberbia
Con la rapacidad y alevosía ;
Esos... la noche con su negro manto
Envuelve el mundo ; sombras espantosas,
En torno de los mástiles vagando,
Estragos, muerte anuncian, y acrecientan
La pavorosa expectacion ; el día
Abre el campo al furor, y horrendo Marte
Con clamores de guerra hinche la esfera
Y levanta en los aires su estandarte.

Responde á esta señal el hueco bronce,
Con mortal estampido el eco truena,
Y por el mar llevándose bramando,
Hasta en las costas de Africa resuena.
Vuelan, movidas de rencor, las naves
Con naves á encontrar : ménos violentas
Despide el polo austral sierras de hielo,
Que con su mole inmensa y resonante
Por las fáciles ondas se deslizan,
Y el audaz navegante atemorizan :
Ni con estruendo igual turban el cielo
Las negras tempestades,
Cuando por Bóreas y Euro embravecidas,
A su furiosa guerra y duro encuentro
Hacen del orbe estremecerse el centro.

Tres veces fiero el insular se avanza,
Creyendo en su pujanza
Romper de nuestra escuadra el fuerte muro ;
Tres veces rechazado
Por el hispano esfuerzo, ya dudosa

Ve la victoria que esperó seguro.
¿Quién su despecho pintará y su saña
Cuando aquel pabellon, ántes tan fiero,
Miró invencible al pabellon de España?
No hay saber, no hay valor, sólo ya fia
Su fortuna al poder: dobla sus naves
Y las redobla en desigual pelea,
De popa á proa; en uno y otro lado
Cada español navío
De mil rayos y mil es contrastado;
Y él, con igual aliento
Que recibe la muerte, así la envía.
No: si cien voces yo, si lenguas ciento
Me diese el cielo, á numerar bastára
Las inclitas hazañas de aquel día:
El humo al sol se las robaba entónces;
Pero la fama las dirá en su trompa,
Las artes en sus mármoles y bronce.
Llega el momento, en fin, tiende la muerto
Su mano horrible y pálida, y señala
Víctimas grandes: el valiente Alcedo,
Castaños, Móyua, intrépidos perecen.
Vosotros dos tambien, honor eterno
De Bética y Guipúzcoa... ¡ Ah, si el destino
Supiese perdonar! ¿ Cómo aplacarle
La oliva no bastó que unió Minerva
A los lauros de Marte en vuestra frente?
¿ Qué á vuestra ilustre indagadora mente
Pudo ocultar el mundo ó las estrellas?
De vuestras sábias huellas
Llenos están de América los mares,
Las Cíclades lo están; viuda la patria
De tantos héroes que enlutada llora,
Pide á su corazon lágrimas nuevas
Que á vuestro acerbo fin derrame ahora.

¡ Ah! ¡ Vivierais los dos! Y en vez de llanto,
Del dolorido canto
Que mi fúnebre acento hoy os consagra,
Pudiera yo contraponer el pecho
Al golpe atroz y recibir la herida:
Diera á la patria así mi inútil vida,
¡ Y vivierais los dos! Y ella orgullosa
Con vuestra luz y espíritu valiente,
Al arduo porvenir hiciera frente,
De rayos coronada y victoriosa.

No, empero, sin venganza y sin estrago,
Generoso escuadron, allí caiste;
Tambien brotando á rios
La sangre inglesa inunda sus navíos;
Tambien Albion pasmada
Los montes de cadáveres contempla,
Horrendo peso á su soberbia armada;
Tambien Nelson allí... Terrible sombra,
No esperes, no, cuando mi voz te nombra,
Que vil insulte á tu postrer suspiro:
Inglés te aborrecí, y héroe te admiro.
¡ Oh golpe! ¡ Oh suerte! El Támesis aguarda
De las naves cautivas
El confuso tropel, y ya en idea
Goza el aplauso y los sonoros vivas
Que al vencedor se dan. ¡ Oh suerte! El puerto
Sólo le verá entrar pálido y yerto:
Ejemplo grande á la arrogancia humana,
Digno holocausto á la afliccion hispana.

Así el furor de Marte
Impele el brazo de la parca, y siega
Vidas sin fin. Lanzado por la rabia
Cunde el fuego voraz, las tablas arden,
Un volcan encendido
Es cada buque, por los aires vagos

Se alza y retumba el hórrido estallido,
Y los sepulta el mar. ¿Hay más estragos?
Sí; que el cielo, ominoso á tal porfia,
Manda á los aquilones inclementes
Separar los feroces combatientes
Y en borrascosa noche hundir el día.
Lo manda; ellos crueles,
Azotando las ondas con sus alas,
Se arrojan á los miseros bajeles.
Al nuevo asalto, al sin igual combate
Fallece el árbol trémulo y se abate;
Hiéndese la amazon, el Oceáno
Por el roto entrepuente entra bramando;
Y moribundo el español exclama:
«¡ Ah! pereciere yo, pero lidiando.»

En tan atroz conflicto
Allá en las nubes la gloriosa frente
Asomaban los fuertes campeones
Que armados del tridente y del acero
Al pabellon ibero
Hicieron humillarse las naciones.
Laura y Tovar se vian,
Avilés y Bazan, que, saludando
A los héroes de Hesperia que morian,
«Venid entre nosotros, les decian,
Venid entre los bravos que imitasteis.
Ya el premio hermoso del valor ganasteis;
Ya á vuestro ejemplo de constancia armada
España, concitando sus guerreros,
Magnánima se apresta á nuevas lides.
Volved la vista á la ciudad de Alcides:
Gravina, Escaño, y Alava, y Cisneros,
Y otros ciento allí están, firme coluna,
Dulce esperanza á nuestro patrio suelo.»

Venid, volad al cielo,
Y sed astros de esfuerzo y de fortuna.»

A LA INVENCION DE LA IMPRENTA.

¿Será que siempre la ambicion sangrienta
O del sólio el poder pronuncie solo,
Cuando la trompa de la fama alienta
Vuestro divino labio, hijos de Apolo?
¿No os da rubor? El dón de la alabanza,
La hermosa luz de la brillante gloria
¿Serán tal vez del nombre á quien daria
Eterno oprobio ó maldicion la historia?
¡ Oh! Despertad: el humillado acento
Con majestad no usada
Suba á las nubes penetrando el viento;
Y si quereis que el universo os crea
Dignos del lauro en que ceñís la frente,
Que vuestro canto enérgico y valiente
Digno tambien del universo sea.
No los aromas del loor se vieron
Vilmente degradados
Así en la antigüedad; siempre las aras
De la invencion sublime,
Del genio bienhechor los recibieron.
Nace Saturno, y de la madre tierra
El seno abriendo con el fuerte arado,
El precioso tesoro
De vivífica mies descubre al suelo,
Y grato el canto le remonta al cielo,
Y Dios le nombra de los siglos de oro.
¿Dios no fuiste tambien tú, que un día
Cuerpo á la voz y al pensamiento diste,

Y trazándola en letras, detuviste
La palabra veloz que ántes huía ?
Sin tí se devoraban
Los siglos á los siglos, y á la tumba
De un olvido eternal yertos bajaban.
Tú fuiste : el pensamiento
Miró ensanchar la limitada esfera
Que en su infancia fatal le contenía.
Tendió las alas, y arribó á la altura
De do escuchar la edad que ántes viviera,
Y hablar ya pudo con la edad futura.
¡ Oh gloriosa ventura !
Goza, genio inmortal, goza tú solo
Del himno de alabanza y los honores
Que á tu invencion magnífica se deben :
Contéplala brillar ; y cual si sola
A ostentar su poder ella bastára,
Por tanto tiempo reposar natura
De igual prodigio al universo avara.
Pero al fin sacudiéndose, otra prueba
La plugo hacer de sí, y el Rhin helado
Nacer vió á Guttenberg. « ; Conque es en vano
Que el hombre al pensamiento
Alcanzase escribiéndole á dar vida,
Si desnudo de curso y movimiento,
En letargosa oscuridad se olvida ?
No basta un vaso á contener las olas
Del férvido Océano,
Ni en sólo un libro dilatarse pueden
Los grandes dones del ingenio humano.
¿ Qué les falta ? ; Volar ? Pues si á natura
Un tipo basta á producir sin cuento
Seres iguales, mi invencion la siga :
Que en ecos mil y mil sienta doblarse
Una misma verdad, y que consiga

Las alas de la luz al desplegar. »
Dijo, y la imprenta fué ; y en un momento
Vieras la Europa atónita, agitada
Con el estruendo sordo y formidable
Que hace sañudo el viento
Soplando el fuego asolador que encierra
En sus cavernas lóbregas la tierra.
¡ Ay del alcázar que al error fundaron
La estúpida ignorancia y tiranía !
El volcan reventó, y á su porfía
Los soberbios cimientos vacilaron.
¿ Qué es del monstruo, decid, inmundo y feo
Que abortó el dios del mal, y que insolente
Sobre el despedazado Capitolio
A devorar el mundo impunemente
Osó fundar su abominable solio ?
Dura, sí ; mas su inmenso poderío
Desplomándose va ; pero su ruina
Mostrará largamente sus estragos.
Así torre fortísima domina
La altiva cima de fragosa sierra ;
Su albergue en ella y su defensa hicieron
Los hijos de la guerra,
Y en ella su pujanza arrebatada
Rugiendo los ejércitos rompieron.
Despues abandonada,
Y del silencio y soledad sitiada,
Conserva, aunque ruínosa, todavía
La aterradora faz que ántes tenía.
Mas llega el tiempo, y la estremece, y cae ;
Cae, los campos gimen
Con los rotos escombros, y entre tanto
Es escarnio y baldon de la comarca
La que ántes fué su escándalo y espanto.
Tal fué el lauro primero que las sienas

Ornó de la razon, miétras osada,
Sedienta de saber la inteligencia,
Abarca el universo en su gran vuelo.
Levántase Copérnico hasta el cielo,
Que un velo impenetrable ántes cubria,
Y allí contempla el eternal reposo
Del astro luminoso
Que da á torrentes su esplendor al dia.
Siente bajo su planta Galileo
Nuestro globo rodar: la Italia ciega
Le da por premio un calabozo impío,
Y el globo en tanto sin cesar navega
Por el piélago inmenso del vacío.
Y navegan con él impetuoso,
A modo de relámpagos huyendo,
Los astros rutilantes; mas lanzado
Veloz el genio de Newton tras ellos,
Los sigue, los alcanza,
Y á regular se atreve
El grande impulso que sus orbes mueve.
«¡Ah! ¿qué te sirve conquistar los cielos,
Hallar la ley en que sin fin se agitan
La atmósfera y el mar, partir los rayos
De la impalpable luz, y hasta en la tierra
Cavar y hundirte, y sorprender la cuna
Del oro y del cristal? Mente ambiciosa,
Vuélvete al hombre.» Ella volvió, y furiosa
Lanzó su indignacion en sus clamores.
«¡Con que el mundo moral todo es horrores!
¡Con que la atroz cadena
Que forjó en su furor la tiranía,
De polo á polo inexorable suena,
Y los hombres condena
De la vil servidumbre á la agonía!
¡Oh! no sea tal.» Los déspotas lo oyeron,

Y el cuchillo y el fuego á la defensa
En su diestra nefaria apercibieron.
¡Oh insensatos! ¿qué haceis? Esas hogueras,
Que á devorarme horribles se presentan,
Y en arrancarme á la verdad porfian,
Fanales son que á su esplendor me guian,
Antorchas son que su victoria ostentan.
En su amor anhelante
Mi corazon estático la adora,
Mi espíritu la ve, mis piés la siguen.
No: ni el hierro ni el fuego amenazante
Posible es ya que á vacilar me obliguen.
¿Soy dueño por ventura
De volver el pié atrás? Nunca las ondas
Toman del Tajo á su primera fuente
Si una vez hácia el mar se arrebataron:
Las sierras, los peñascos su camino
Se cruzan á atajar; pero es en vano;
Qué el vencedor destino
Las impele bramando al Océano.
Llegó, pues, el gran dia
En que un mortal divino, sacudiendo
De entre la mengua universal la frente,
Con voz omnipotente
Dijo á la faz del mundo: «El hombre es libre.»
Y esta sagrada aclamacion saliendo,
No en los estrechos limites hundida
Se vió de una region; el eco grande
Que inventó Guttenberg la alza en sus alas;
Y en ellas conducida,
Se mira en un momento
Salvar los montes, recorrer los mares,
Ocupar la extension del vago viento;
Y sin que el trono ó su furor la asombre,
Por todas partes el valiente grito

Sonar de la razon : « Libre es el hombre. »
Libre, sí, libre : ¡ oh dulce voz ! Mi pecho
Se dilata escuchándote, y palpita,
Y el númer que me agita,
De tu sagrada inspiracion henchido,
A la region olimpica se eleva,
Y en sus alas flamigeras me lleva.
¿ Dónde quedais, mortales,
Que mi canto escuchais ? Desde esta cima
Miro al destino las ferradas puertas
De su alcázar abrir, el denso velo
De los signos romperse, y descubrirse
Cuanto será. ¡ Oh placer ! No es ya la tierra
Ese planeta misero en que ardieron
La implacable ambicion, la horrible guerra.
Ambas gimiendo para siempre huyeron,
Como la peste y las borrascas huyen
De la affigida zona que destruyen,
Si los vientos del polo aparecieron.
Los hombres todos su igualdad sintieron,
Y á recobrarla las valientes manos
Al fin con fuerza indómita movieron.
No hay ya ¡ qué gloria ! esclavos ni tiranos ;
Que amor y paz el universo llenan,
Amor y paz por donde quier respiran,
Amor y paz sus ámbitos resuenan.
Y el Dios del bien sobre su trono de oro
El cetro eterno por los aires tiende ;
Y la serenidad y la alegría
Al orbe que defiende
En raudales benéficos envia.
¿ No la veis ? ¿ No la veis ? ¿ La gran coluna,
El magnífico y bello monumento
Que á mi atónita vista centellea ?
No son, no, las pirámides que al viento

Levanta la miseria en la fortuna
Del que renombre entre opresion granjea.
Ante él por siempre humea
El perdurable incienso
Que grato el orbe á Guttenberg tributa :
Breve homenaje á su favor inmenso.
¡ Gloria á aquel que la estúpida violencia
De la fuerza aterró, sobre ella alzando
A la alma inteligencia !
Gloria al que, en triunfo la verdad llevando,
Su influjo eternizó libre y fecundo :
¡ Himnos sin fin al bienhechor del mundo !

A ESPAÑA, DESPUES DE LA REVOLUCION
DE MARZO.

¿ Qué era, decidme, la nacion que un dia
Reina del mundo proclamó el destino,
La que á todas las zonas extendia
Su cetro de oro y su blason divino ?
Volábase á Occidente,
Y el vasto mar Atlántico sembrado
Se hallaba de su gloria y su fortuna.
¡ Doquiera España ! En el preciado seno
De América, en el Asia, en los confines
Del Africa, allí España. El soberano
Vuelo de la atrevida fantasía
Para abarcarla se cansaba en vano ;
La tierra sus mineros le rendia,
Sus perlas y coral el Océano,
Y donde quier que revolver sus olas
El intentase, á quebrantar su furia
Siempre encontraba costas españolas.

Ora en el cieno del oprobio hundida,
Abandonada á la insolencia ajena,
Como esclava en mercado, ya aguardaba
La ruda argolla y la servil cadena.
¡Qué de plagas! ¡Oh Dios! Su aliento impuro,
La pestilente fiebre respirando,
Infestó el aire, emponzoñó la vida;
La hambre enflaquecida
Tendió sus brazos lívidos, ahogando
Cuanto el contagio perdonó; tres veces
De Jano el templo abrimos,
Y á la trompa de Marte aliento dimos;
Tres veces, ¡ay! los dioses tutelares
Su escudo nos negaron, y nos vimos
Rotos en tierra y rotos en los mares.
¿Qué en tanto tiempo viste
Por tus inmensos términos, oh Iberia?
¿Qué viste ya sino funesto luto,
Honda tristeza, sin igual miseria,
De tu vil servidumbre acerbo fruto?
Así, rota la vela, abierto el lado,
Pobre bajel á naufragar camina,
De tormenta en tormenta despeñado,
Por los yermos del mar; ya ni en su popa
Las guirnaldas se ven que ántes le ornaban,
Ni en señal de esperanza y de contento
La flámula riendo al aire ondea.
Cesó en su dulce canto el pasajero;
Ahogó su vocería
El ronco marinero;
Terror de muerte en torno le rodea,
Terror de muerte silencioso y frío,
Y él va á estrellarse al áspero bajío.
Llega el momento, en fin; tiende su mano
El tirano del mundo al Occidente,

Y fiero exclama: «El Occidente es mio.»
Bárbaro gozo en su ceñuda frente
Resplandeció, como en el seno oscuro
De nube tormentosa en el estío
Relámpago fugaz brilla un momento,
Que añade horror con su fulgor sombrío.
Sus guerreros feroces
Con gritos de soberbia el viento llenan;
Gimen los yunques, los martillos suenan,
Arden las forjas. ¡Oh vergüenza! ¿Acaso
Pensais que espadas son para el combate
Las que mueven sus manos codiciosas?
No en tanto os estimeis: grillos, esposas,
Cadenas son que en vergonzosos lazos
Por siempre amarren tan inertes brazos.
Estremecióse España
Del indigno rumor que cerca oía,
Y al grande impulso de su justa saña
Rompió el volcan que en su interior hervía.
Sus déspotas antiguos
Consternados y pálidos se esconden;
Resuena el eco de venganza en torno,
Y del Tajo las márgenes responden:
«¡Venganza!» ¿Dónde están, sagrado río,
Los colosos de oprobio y de vergüenza,
Que nuestro bien en su insolencia ahogaban?
Su gloria fué, nuestro esplendor comienza;
Y tú, orgulloso y fiero,
Viendo que aún hay Castilla y castellanos,
Precipitas al mar tus rubias ondas,
Diciendo: «Ya acabaron los tiranos.»
¡Oh triunfo! ¡Oh gloria! ¡Oh celestial momento!
¿Con que puede ya dar el labio mio
El nombre augusto de la patria al viento?
Yo le daré, mas no en el arpa de oro

Que mi cantar sonoro
Acompañó hasta aquí; no aprisionado
En estrecho recinto, en qué se apoca
El númen en el pecho
Y el aliento fatídico en la boca.
Desenterrad la lira de Tirteo,
Y el aire abierto á la radiante lumbre
Del sol, en la alta cumbre
Del riscoso y pinífero Fuenfria,
Allí volaré yo, y allí cantando
Con voz que atruene en rededor la sierra,
Lanzaré por los campos castellanos
Los ecos de la gloria y de la guerra.
¡Guerra, nombre tremendo, ahora sublime,
Unico asilo y sacrosanto escudo
Al impetu sañudo
Del fiero Atila que á Occidente oprime!
¡Guerra, guerra, españoles! En el Bétis
Ved del Tercer Fernando alzarse airada
La augusta sombra; su divina frente
Mostrar Gonzalo en la imperial Granada;
Blandir el Cid su centellante espada;
Y allá sobre los altos Pirineos,
Del hijo de Jimena
Animarse los miembros gigantes.
En torvo ceño y desdeñosa pena
Ved cómo cruzan por los aires vanos;
Y el valor exhalando que se encierra
Dentro del hueco de sus tumbas frias,
En fiera y ronca voz pronuncian: «¡Guerra!»
¡Pues qué! ¿Con faz serena
Vierais los campos devastar opimos,
Eterno objeto de ambicion ajena,
Herencia inmensa que afanando os dimos?
Despertad, raza de héroes: el momento

Llegó ya de arrojarse á la victoria;
Que vuestro nombre eclipse nuestro nombre;
Que vuestra gloria humille nuestra gloria.
No ha sido en el gran dia
El altar de la patria alzado en vano
Por vuestra mano fuerte.
Juradlo, ella os lo manda: «¡Antes la muerte,
Que consentir jamas ningun tirano!»
Si, yo lo juro, venerables sombras;
Yo lo juro tambien, y en este instante
Ya me siento mayor. Dadme una lanza,
Ceñidme el casco fiero y refulgente;
Volemos al combate, á la venganza,
Y el que niegue su pecho á la esperanza,
Hunda en el polvo la cobarde frente.
Tal vez el gran torrente
De la devastacion en su carrera
Me llevará. ¿Qué importa? ¿Por ventura
No se muere una vez? ¿No iré, espirando,
A encontrar nuestros inclitos mayores?
«Salud, ¡oh padres de la patria mia!
Yo les diré, salud. La heroica España
De entre el estrago universal y horrores
Levanta la cabeza ensangrentada,
Y vencedora de su mal destino,
Vuelve á dar á la tierra amedrentada
Su cetro de oro y su blason divino.»

JUAN NICASIO GALLEGO.

ELEGÍAS.

EL DOS DE MAYO.

Noche, lóbrega noche, eterno asilo
Del miserable, que esquivando el sueño
En tu silencio pavoroso gime,
No desdeñes mi voz; leal belesio
Presta á mis sienas, y en tu horror sublime
Empapada la ardiente fantasía,
Da á mi pincel fatídicos colores
Con que el tremendo día
Trace al fulgor de vengadora tea,
Y el ódio irrite de la patria mía,
Y escándalo y terror al orbe sea.
¡Día de execración! La destructora
Mano del tiempo le arrojó al averno;
Mas ¿quién el sempiterno
Clamor con que los ecos importuna
La madre España en enlutado arreo
Podrá atajar? Junto al sepulcro frio,
Al pálido lucir de opaca luna,
Entre cipreses fúnebres la veo:
Trémula, yerta y desceñido el manto,
Los ojos moribundos

Al cielo vuelve, que le oculta el llanto;
Roto y sin brillo el cetro de dos mundos
Yace entre el polvo, y el leon guerrero
Lanza á sus piés rugido lastimero.
¡Ay, que cual débil planta
Que agosta en su furor hórrido viento,
De victimas sin cuento
Lloró la destruccion Mantua afligida!
Yo vi, yo vi su juventud florida
Correr inerme al huésped ominoso.
Mas ¿qué su generoso
Esfuerzo pudo? El pérfido caudillo,
En quien su honor y su defensa fia
La condenó al cuchillo.
¿Quién ¡ay! la alevosía,
La horrible asolacion habrá que cuente,
Que, hollando de amistad los santos fueros,
Hizo furioso en la indefensa gente
Ese tropel de tigres carniceros?
Por las henchidas calles
Gritando se despeña
La infame turba que abrigó en su seno,
Rueda allá rechinando la cureña,
Acá retumba el espantoso trueno,
Allí el jóven lozano,
El mendigo infeliz, el venerable
Sacerdote pacífico, el anciano
Que con su arada faz respeto imprime,
Juntos amarra su dogal tirano.
En balde, en balde gime,
De los duros satélites en torno,
La triste madre, la afligida esposa
Con doliente clamor; la pavorosa
Fatal descarga suena,
Que á luto y llanto eterno la condena.

¡Cuánta escena de muerte! ¡Cuánto estrago!
¡Cuántos ayes doquier! Despavorido
Mirad ese infelice
Quejarse al adalid empedernido
De otra cuadrilla atroz. «¡Ah! ¿Qué te hice?
Exclama el triste en lagrimas deshecho:
«Mi pan y mi mansion partí contigo,
Te abrí mis brazos, te cedí mi lecho,
Templé tu sed, y me llamé tu amigo;
¿Y ahora pagar podrás nuestro hospedaje
Sincero, franco, sin doblez ni engaño,
Con dura muerte y con indigno ultraje?»
¡Perdido suplicar! ¡Inútil ruego!
El monstruo infame á sus ministros mira,
Y con tremenda voz gritando: ¡fuego!
Tinto en su sangre el desgraciado espira.
Y en tanto ¿dó se esconden?
¿Dó están ¡oh cara patria! tus soldados,
Que á tu clamor de muerte no responden?
Presos, encarcelados
Por jefes sin honor, que, haciendo alarde
De su perfidia y dolo,
A merced de los vándalos te dejan,
Como entre hierros el leon, forcejan
Con inútil afan. Vosotros sólo,
Fuerte DAOIZ, intrépido VELARDE,
Que osando resistir al gran torrente,
Dar supisteis en flor la dulce vida
Con firme pecho y con serena frente;
Si de mi libre musa
Jamás el eco adormeció á tiranos,
Ni vil lisonja emponzoñó su aliento,
Allá del alto asiento
A que la accion magnánima os eleva,
El himno oid que á vuestro nombre entona,

Mientras la fama aligera le lleva
Del mar de hielo á la abrasada zona.
Mas ¡ay! que en tanto sus ventanas alas.
Por la opresa metrópoli tendiendo,
La yerma asolacion sus plazas cubre,
Y al áspero silbar de ardientes balas,
Y al ronco són de los preñados bronce,
Nuevo fragor y estrépito sucede.
¿Ois cómo rompiendo
De moradores tímidos las puertas,
Caen estallando de los fuertes gonces?
¡Con qué espantoso estruendo
Los dueños buscan, que medrosos huyen!
Cuanto encuentran destruyen,
Bramando, los atroces foragidos,
Que el robo infame y la matanza ciegan
¿No veis cuál se despliegan,
Penetrando en los hondos aposentos,
De sangre y oro y lágrimas sedientos?
Rompen, talan, destrozan
Cuanto se ofrece á su sangrienta espada
Aquí, matando al dueño, se alborozan,
Hieren allí su esposa acongojada;
La familia asolada
Yace espirando, y con feroz sonrisa
Sorben voraces el fatal tesoro.
Suelta, á otro lado, la madeja de oro
Mustio el dulce carmin de su mejilla,
Y en su frente marchita la azucena,
Con voz turbada y anhelante lloro,
De su verdugo ante los piés se humilla
Tímida virgen, de amargura llena;
Mas con furor de hiena,
Alzando el corvo alfanje damasquino,
Hiende su cuello el bárbaro asesino.

¡Horrible atrocidad!..... Treguas ¡oh musa,
Que ya la voz rehusa
Embargada en suspiros mi garganta!
Y en ignominia tanta,
¿Será que rinda el español bizarro
La indómita cerviz á la cadena?
No, que ya en torno suena
De Pálas fiera el sanguinoso carro,
Y el látigo estallante
Los caballos flamígeros hostiga.
Ya el duro peto y el arnes brillante
Visten los fuertes hijos de Pelayo.
Fuego arrojó su ruginoso acero:
¡Venganza y guerra! resonó en su tumba;
¡Venganza y guerra! repitió Moncayo;
Y al grito heroico que en los aires zumba,
¡Venganza y guerra! claman Turia y Duero.
Guadalquivir guerrero
Alza al bélico són la régia frente,
Y del Patron valiente
Blandiendo altivo la nudosa lanza,
Corre gritando al mar: ¡Guerra y venganza!
¡Oh sombras infelices
De los que aleve y bárbara cuchilla
Robó á los dulces lares!
¡Sombras inultas que en fugaz gemido
Cruzais los anchos campos de Castilla!
La heroica España, en tanto que al bandido
Que á fuego y sangre, de insolencia ciego,
Brindó felicidad, á sangre y fuego
Le retribuye el dón, sabrá piadosa
Daros solemne y noble monumento.
Allí en padron cruento
De oprobio y mengua, que perpétuo dure,
La vil traicion del déspota se lea,

Y altar eterno sea
Donde todo español al monstruo jure
Rencor de muerte que en sus venas cunda,
Y á cien generaciones se difunda.

A LA MUERTE

DE LA DUQUESA DE FRIAS.

Al sonante bramido
Del piélago feroz, que el viento ensaña,
Lanzando atras del Turia la corriente;
En medio al denegrado
Cercos de nubes que de Sirio empaña
Cual velo funeral la roja frente;
Cuando el cárabo oscuro
Ayes despide entre la breña inculta,
Y á tardo paso soñoliento Arturo
En el mar de Occidente se sepulta;
A los mustios reflejos
Con que en las ondas alteradas tiembla
De moribunda luna el rayo frio,
Daré, del mundo y de los hombres léjos,
Libre rienda al dolor del pecho mio.
Sí, que al mortal á quien del hado el ceño
A infortunios sin término condena,
Sobre su cuello mísero cargando
De uno en otro esclabon larga cadena,
No en jardin halagüeño,
Ni al puro ambiente de apacible aurora
Soltar conviene el lastimero canto
Con que al cielo importuna.
Solitario arenal, sangrienta luna

Y embravecidas olas acompañen
Sus lamentos fatídicos. ¡Oh lira
Que escenas sólo de aflicción recuerdas;
Lira que ven mis ojos con espanto,
Y á recorrer tus cuerdas
Mi ya trémula mano se resiste!
Vén, lira del dolor: ¡Piedad no existe!
¡No existe, y vivo yo! ¡No existe aquella
Gentil, discreta, incomparable amiga,
Cuya presencia sola
El tropel de mis penas disipaba!
¿Cuándo en tal hermosura alma tan bella
De la corte española
Más digno fué y espléndido ornamento?
¡Y aquel mágico acento
Enmudeció por siempre, que llenaba
De inefable dulzura el alma mía!
Y ¡qué! fortuna impía,
¿Ni su postrer adiós oír me dejás?
¿Ni de su esposo amado
Templar el llanto y las amargas quejas?
¿Ni el estéril consuelo
De acompañar hasta el sepulcro helado
Sus pálidos despojos?
¡Ay! derramen sin duelo
Sangre mi corazón, llanto mis ojos.
¿Por qué, por qué á la tumba,
Insaciable de víctimas, tu amigo
Antes que tú no descendió, señora?
¿Por qué al ménos contigo
La memoria fatal no te llevaste,
Que es un tormento irresistible ahora?
¿Qué mármol hay que pueda
En tan acerba angustia los aciagos
Recuerdos resistir del bien perdido?

Aun resuena en mi oído
El espantoso obús lanzando estragos,
Cuando mis ojos ávidos te vieron
Por la primera vez. Cien bombas fueron,
A tu arribo, marcial salva triunfante.
Con inmóvil semblante
Escucho amedrentado el són horrendo
De los globos mortíferos, en torno
Del leño frágil á tus piés cayendo,
Y el agua, que á su empuje se encumbraba
Y hasta las altas grimpolas saltaba.
El dulce soplo de Favonio, en tanto,
Las velas hinche del bajel ligero,
Sin que salude con festivo canto
La suspirada costa el marinero.
Ardiendo de la patria en fuego santo,
Insensible al horror del bronce fiero,
Fijar te miro impávida y serena
La planta breve en la menuda arena.
¡Salve, oh deidad! del gaditano muro
Grita la muchedumbre alborozada;
¡Salve, oh deidad! de gozo enajenada,
La ruidosa marina,
Que á ti se agolpa y el batel rodea,
Y al cielo sube el aclamar sonoro,
Como al aplauso del celeste coro
Salió del mar la hermosa Citeréa.
Absortas contemplaron
El fuego de tus ojos
Las bellas ninfas de la bella Gádez;
Absortas te envidiaron
El pié donoso y la mejilla pura,
El vivo esmalte de tus labios rojos,
El albo seno y la gentil cintura.
Yo te miraba atónito; no empero

Senti en el alma el pasador agudo
De bastarda pasión, que á dicha pudo
Del honor y el deber la ley severa
Ser á mi pecho impenetrable escudo.
Mas ¿quién el homenaje
De afecto noble, de amistad sincera
Cual yo te tributó, cuando el tesoro
De tu divino ingenio descubria,
Que en cuerpo tan gallardo relucia
Como rico brillante en joya de oro?
¡Cuántas, ¡ay! qué apacibles
Horas en dulces pláticas pasadas
Bétis me viera de tu voz pendiente!
¡Cuántas en las calladas
Florestas de Aranjuez el eco blando
Detuvo el paso á la tranquila fuente;
Ya el primor ensalzando
Que al fragante clavel las hojas riza
Y la ancha cola del pavon matiza;
Ya la vária fortuna
Del cetro godo y del laurel romano,
O el poder sobrehumano
Que de un soplo derroca
Del alto solio al triunfador de Jena,
Y con duras amarras le encadena,
Como al antiguo Encélado, á una roca.
Pero otro dón magnífico, sublime,
Más alto que el ingenio y la hermosura
Debiste al Criador, vivaz destello
De su lumbre inmortal, alma ternura.
¿Cuándo, cuándo al gemido
Negó del infeliz oro tu mano,
Ayes tu corazón? El escondido
Volcan que decoroso
Tu noble aspecto revelaba apénas,

Un infortunio, un rasgo generoso,
Un sacrificio heróico hervir hacía.
Entónces agitado
Tu rostro angelical resplandecía
De más purpúreo rosicler cubierto;
Del seno relevado
La extraña conmocion, el entreabierto
Labio, las refulgentes
Ráfagas de tus ojos,
Que entre los anchos párpados brillaban,
Las lágrimas ardientes
Que á tus negras pestañas asomaban,
El gesto, el ademán, los mal seguros
Acentos, la expresion..... ¡Ah! nunca, nunca
Tan insigne modelo
De esto feliz, de inspiracion divina,
Mostró Casandra en los dardanianos muros,
Ni en las lides olímpicas Corina.
Y sólo al santo fuego
De un pecho tan magnánimo pudiera
Deber tu amigo el aire que respira.
Sólo á tu blando ruego
La Amistad se vistiera
Máscara y formas del Amor, su hermano
¿Quién, sino tú, señora,
Dejando inquieta la mullida pluma
Antes que el frio tálamo la Aurora,
Entrar osára en la mansion del crimen?
¿Quién, sino tú, del duro carcelero,
Menos al són del oro empedernido
Que al eco de los míseros que gimen,
Quisiera el ceño soportar? Perdona,
Cara *Piedad*, que mi indiscreta musa
Publique al mundo tan heroico ejemplo,
Y que mi gratitud cuelgue en el templo

De la santa Amistad digna corona.....
En el mezquino lecho
De cárcel solitaria
Fiebre lenta y voraz me consumia,
Cuando, sordo á mis quejas,
Rayaba apénas en las altas rejas
El perezoso albor del nuevo día.
De planta cautelosa
Insólito rumor hiere mi oído;
Los vacilantes ojos
Clavo en la ruda puerta, estremecido
Del súbito crujir de sus cerrojos,
Y el repugnante gesto
Del fiero alcaide mi atencion excita,
Que hácia mí sin cesar la mano agita
Con labio mudo y sonreir funesto.
Salto del lecho y sigole azorado,
Cruzando los revueltos corredores
De aquella triste y lóbrega caverna,
Hasta un breve recinto iluminado
De moribunda y fúnebre linterna.
Y á par que por oculto
Tránsito desaparece,
Como vision fantástica, el Cerbero,
De nuevo extraño bulto
Sombra confusa que se acerca y crece,
La angustia dobla de mi horror primero.
Mas ¡cuál mi asombro fué cuando improvisa
A la pálida luz mi vista errante
Los bellos rasgos de *Piedad* divisa
Entre los pliegues del cendal flotante!
¿Por qué, por qué benígna,
Clamé, bañado en llanto de alborozo,
Osas pisar, señora,
Esta morada indigna,

Que tu respeto y tu virtud desdora?
¡ Ah! si á la fuerza del inmenso gozo,
Del placer celestial que el alma oprime,
Hoy á tus plantas espirar consigo,
Mi fiebre, mi prision, mi fin bendigo.
« A este oscuro aposento
No á que de pena ó de placer espire
La voz de la amistad mis pasos guía,
Sino á esforzar tu desmayado aliento
Contra los golpes de la suerte impía.
Su cuello al susto y la congoja doble
El que del crimen en su pecho sienta
El punzante aguijón; que al alma noble,
Do la indolencia plácida se anida,
Ni el peso de los grillos la atormenta,
Ni el són de los cerrojos la intimida.
Recobra, amigo caro,
La esperanza marchita
Y el digno esfuerzo del varon constante.
Pronto será que el astro rutilante,
Que jamas estas bóvedas visita,
De la calumnia vil triunfar te vea:
Mi fausto anuncio tu consuelo sea.»
— «Serálo, sí; lo juro;
Y aunque ese llanto que tu rostro inunda
Vaticinio tan próspero desmiente,
No me hará de fortuna el torvo ceño
Fruncir las cejas ni arrugar la frente;
Que el dichoso mortal á quien risueño
Mira el destino.....» — No acabé. A deshora
La aciaga voz del carcelero escucho,
Diciendo: es tarde; baste ya, señora.
— «¡ Adios! ¡ Adios! Del vulgo malicioso,
Que al despuntar del sol sacude el sueño,
Temo el labio mordaz. ¡ Adios te queda!»

—«Aguarda...»—«¡Adios!...» Y en soledad sumida
Oigo ¡ay de mí! del caracol torcido
Barrer las gradas la crujiendo seda.
¡Oh digno, oh generoso
Dechado de amistad! ¡Oh alegre día!
¿Y en dónde estás, en dónde,
Angel consolador, Duquesa amada,
Que no te mueve ya la angustia mía?
¡Gran Dios, y ni respondo
De su esposo infeliz al caro acento,
Aunque en la tumba helada
Lágrimas de dolor vierte á raudales!
¡Ni de su triste huérfana el lamento,
Con ambos brazos al sepulcro asida,
Ablanda sus entrañas maternas!
¡Oh dulces prendas de su amor! Al mármol
En balde importunais. Hará el rocío
Del venidero Abril que al campo vuelva
La verde pompa que abrasó el estío;
Mas no esperéis que el túmulo sombrío
La devorada víctima devuelva,
Ni á sus profundos huecos
Otra respuesta oír que sordos ecos.
En él de bronce y oro,
Íncrito vate, entallarán cinceles
Vuestro heroico blason entretejiendo
Con sus antiguas palmas tus laureles.....
¡Inútil afanar! La sien ceñida
De adelfa y mirto, pulsará tu mano
La dolorosa cítara, moviendo
Con sus blandas querellas
El orbe todo á compasion..... ¡En vano!
Resonarán con ellas
Mis gemidos simpáticos, y el coro
De cuantos cisnes tu infortunio inspira

Alzar podrá á su gloria
Noble trofeo en canto peregrino;
Mas ¡ay! ¿podrá su lira
Forzar las puertas del eden divino,
Y el diente ensangrentado
Del áspid arrancar, en tí clavado?
A más alto poder, misero amigo,
Los ojos torna y el clamor dirige,
Que entre sollozos lúgubres exhalas.
Al Sér inmenso que los orbes ríe,
En las rápidas alas
De ferviente oracion remonta el vuelo.
Yo elevaré contigo
Mis tiernos votos y al gemir de aquella,
Que en mis brazos creció, cándida niña,
Trasunto vivo de tu esposa bella,
Dará benigno el cielo
Paz á su madre, á tu aficcion consuelo.
Si; que hasta el sólio del Eterno llega
El ardiente suspiro
De quien con puro corazon le ruega,
Como en su templo santo el humo sube
Del balsámico incienso en vaga nube.

SONETOS.

A JUDAS.

Quando el horror de su traicion impfa
Del falso apóstol fascinó la mente,
Y del árbol fatidico pendiente,
Con rudas contorsiones se mecía;

Complacido en su mísera agonía,
Mirábale el demonio frente á frente,
Hasta que ya, del término impaciente,
De entrambos piés con impetu le asia.
Mas cuando vió cesar del descompuesto
Rostro la convulsion trémula y fiera,
Señal segura de su fin funesto,
Con infernal sonrisa placentera
Sus labios puso en el horrible gesto,
Y el beso le volvió que á Cristo diera.

—
Á ZARAGOZA.

Viendo el tirano que el valor ferviente
Domar no puede del leon de España,
Ni al lazo odioso de coyunda extraña
Dobla el fuerte Aragon la invicta frente,
Juró crúel venganza, y de repente
Se hundió en el Orco, y con horrible saña,
Del reino oscuro que Áqueronte baña,
Alzó en su ayuda la implacable gente.
De allí el desmayo y la miseria adusta,
De allí la ardiente sed, la destructora
Fiebre salieron y el contagio inmundo.
Ellos domaron la ciudad angusta;
No el hierro, no el poder. ¡Decanta ahora
Tu triunfo, oh Corso, y tu valor al mundo!

—
LOS HOYUELOS DE LESBIA.

Cruzaba el hijo de la cipria diosa
Solo y sin venda la floresta umbría,

Cuando al pié de un rosal vió que dormía,
Al blando són del mar, mi Lesbia hermosa;
Y al ver, pasmado, que su faz graciosa
Los reflejos del alba repetía,
Tanto se deslumbró, que no sabía
Si aquélla era mejilla ó si era rosa.
Alargó el dedo el niño entre las flores,
Y en ambos lados le aplicó á la bella,
Formando dos hoyuelos seductores.....
¡Ay, que al verla reir, la dulce huella
Del dedo del amor mata de amores!
¡Feliz el que su boca estampe en ella!

—
ALBERTO LISTA.

—
ODAS.

LA MUERTE DE JESUS.

¡Y eres tú el que velando
La excelsa majestad en nube ardiente,
Fulminaste en Siná? Y el impío bando,
Que eleva contra tí la osada frente,
¡Es el que oyó medroso
De tu rayo el estruendo fragoroso?
Mas ahora abandonado
¡Ay! pendes sobre el Gólgota, y al cielo